

Imaginarius

La invasión de los agontes

Marcos Vázquez

loqueleg

Una vez más, Maxi cambió de posición en la cama. Si bien lo intentaba, no conseguía dormirse. Tenía la sensación de que recién se había acostado, pero el reloj de la mesa de luz le indicaba lo contrario: eran la una menos cinco de la madrugada. Si no se dormía pronto, le resultaría difícil levantarse temprano para ir al liceo, y no podía faltar ni llegar tarde, porque a primera hora tenía escrito de Geografía.

Pero ese no había sido un domingo cualquiera.

Las imágenes del viaje a Karim se sucedían una y otra vez dentro de su cabeza. A pesar de los meses transcurridos desde la visita al lejano planeta, recordaba cada detalle: el lugar, los peligros vividos y los seres que había conocido. En especial a Gobb, un enano de carácter gruñón y apariencia tosca que había demostrado tener un gran corazón, y a Alexa, una joven cuya rebeldía y fortaleza resultaban difíciles de igualar.

Por momentos se dejaba llevar por la loca idea de volverlos a ver y trataba de imaginarse el reencuentro.

Algunas veces se decía que todo había sido producto de su imaginación y que ninguno de ellos existía en realidad. Sobre todo aquellas noches en las que se despertaba espantado con el recuerdo de Maléficus.

Nunca olvidaría el rostro de aquel ser espeluznante.

Por fortuna podía compartir lo que sentía y conversar sobre lo sucedido con alguien muy especial, alguien que, de no ser por una casualidad, jamás se habría cruzado en su camino: Lara.

8 Desde la tarde en que regresaron de Karim y la observó alejarse en bicicleta, Maxi no pudo quitársela de la cabeza, a tal punto que, al día siguiente del retorno, juntó coraje y decidió ir a verla. Caminó hasta la feria en la que trabajaba la joven y se detuvo a pocos metros del puesto de artesanías. Cuando Lara lo vio, le dedicó una enorme sonrisa. Eso fue todo lo que Maxi necesitó para vencer la timidez y acercarse.

—Hola —le dijo con voz temblorosa.

—Pensé que no ibas a venir —respondió ella.

Se hizo un silencio incómodo. Las mejillas del muchacho se tiñeron de un color rojo intenso.

—Todavía no puedo creer lo que nos pasó —comentó él, tratando de romper el silencio—. ¿No te sucede lo mismo?

—Ni que lo digas. Cuando me desperté hoy a la mañana, pensé que todo había sido un mal sueño. Hasta que te vi ahí parado —meneó la cabeza.

—Me alegro de que haya sido real —reconoció Maxi con timidez—. Quizá pienses que estoy loco, pero a pesar de lo mal que la pasamos, no me molestaría regresar a Karim algún día.

—¡Jamás diría que estás loco! —ironizó Lara—. Solo lo pensaría...

Maxi soltó una carcajada y le respondió entre risas.

—Hablando de locos... ¿No te parece que hay que estar mal de la cabeza para entrar a una casa desconocida con la intención de ayudar a un joven atrapado por un espejo flotante?

—Me declaro culpable —aceptó Lara en tono jocoso.

Durante los siguientes minutos ambos charlaron de manera distendida, hasta que una persona se acercó al puesto y comenzó a examinar las artesanías.

—Tengo que atender —se disculpó la muchacha.

—Entiendo —afirmó Maxi, contrariado.

—Pero ¿qué te parece si nos vemos el fin de semana? —sugirió ella, al ver la expresión en el rostro del muchacho.

—¡Me encantaría! —respondió él, sin ocultar su alegría.

A partir de ese día, no hubo un solo fin de semana en el que no salieran. Disfrutaban de extensas caminatas por la playa, iban al cine o se deleitaban con exquisitos helados. No importaba cuál fuera la excusa, con tal de compartir un rato juntos.

Al principio, las conversaciones giraron sobre la experiencia vivida en Karim; revivían cada detalle con la intensidad de la primera vez. Con el paso del tiempo, la aventura dejó lugar a otros temas y empezaron a conocer más el uno del otro.

Día tras día, la amistad se fortaleció y de a poco se transformó en algo mucho más fuerte.

10 Ese domingo de tarde pasearon por la playa hasta que el sol desapareció tras el horizonte. Fue entonces que se sentaron a disfrutar de un helado en un pequeño banco sobre la rambla.

En un momento de silencio, las miradas se cruzaron con complicidad.

Maxi sintió que una fuerza lo atraía hacia ella. Se acercó; lento, pero decidido. El corazón le latía muy rápido.

Lara no se inmutó. Estaba preparada para lo que venía. Cerró los ojos y esperó.

Pero un suceso desafortunado interrumpió lo que parecía inevitable. Un desenfrenado cachorro, que trota a varios metros de su dueño, les saltó encima.

La magia se rompió y el helado de Lara cayó al suelo.

—¡Tobi! —gritó el hombre que corría detrás del perro—. ¡Qué hiciste! —rezongó.

El cachorro lo ignoró. Lamía sin cesar el helado en el piso.

Maxi adoraba a los perros; sin embargo, a ese en especial, sintió deseos de estrangularlo.

—No se preocupe, señor —dijo Lara, mientras acariciaba la cabeza del animal—. Ya casi no me quedaba. De hecho, no quería más; pensaba arrojarlo a la basura.

En el instante en que el hombre se disponía a disculparse, el perro corrió detrás de un gato.

—¡Tobi! —volvió a gritarle su dueño, y se marchó tras él.

Los dos jóvenes permanecieron callados durante algunos segundos, hasta que Maxi rompió el silencio:

—¿Quieres? —le ofreció del suyo.

—No, gracias —negó ella con la cabeza—. De verdad, ya no me apetecía más.

El celular de Lara emitió un pitido.

Tras revisar el mensaje, dijo con tono de preocupación:

—Tengo que irme; mi hermano está con fiebre y mi tía me pide que pase por la farmacia a comprar un medicamento —se levantó del banco—. ¿Nos vemos el próximo sábado?

Maxi asintió con pesar. Sentía que el mundo se le desmoronaba. Había estado tan cerca y tan lejos a la vez...

La acompañó hasta la parada y esperó a que se tomara el ómnibus. Ninguno habló mientras aguardaban la llegada del transporte.

—¡Que se mejore tu hermano! —le gritó él a través de la ventanilla, una vez que ella subió.

Lara le guiñó un ojo.

El autobús se alejó despacio hasta que Maxi lo perdió de vista.

En el camino de regreso a casa, el muchacho no dejaba de lamentarse por lo poco que faltó para que se dieran un beso. Se preguntaba cómo habría reaccionado ella y si sentiría lo mismo que él. De no ser así, corría el riesgo de perder una amiga. Tenía una extraña sensación en el estómago, como si estuviera a punto de dolerle.

12

Durante la cena se mantuvo callado. Cuando su padre le preguntó si le pasaba algo, él se excusó con el pretexto de que estaba cansado y que quería repasar para el escrito. En cuanto terminó el postre, se despidió y se dirigió al dormitorio.

Y allí estaba ahora. Daba vueltas y vueltas en la cama, del mismo modo que lo hacían las ideas en su mente.

Se culpaba por no haberle dicho antes a su amiga lo que sentía por ella. También se preguntaba si, en el fondo, aquel cachorro no lo había salvado de un estrepitoso fracaso.

De a poco, el sueño fue ganándoles a los pensamientos y por fin se quedó dormido.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando sintió que alguien le tocaba el hombro. Se sobresaltó. Lo primero que vio fue que el reloj de la mesa de luz

marcaba las dos y media de la madrugada. Entonces se volvió y preguntó con voz somnolienta:

—¿Qué pasa, Mami?

Al contrario de lo que suponía, no era su madre quien lo había despertado.

—Hola, muchacho. ¿Qué haces aquí?

Maxi se frotó los ojos. Esa voz le resultaba familiar, aunque la oscuridad del cuarto no le permitía descubrir de quién se trataba.

—¿Por qué regresaste? —insistió el visitante.

Como seguía sin verlo con claridad, estiró el brazo y encendió la portátil.

Frente a él apareció, nítida, la figura de un enano.

—Señor Gobb... —balbuceó, incrédulo.

—Al fin se despierta el dormilón —rio con fuerza—. Imagino que estás cansado, pero si viniste a verme, podrías haberme esperado antes de ponerte a dormir, ¿no?

—Es... usted... quien está en mi casa —respondió el muchacho, bastante confundido.

—¿Qué dices? Esta no es tu... —se detuvo tras mirar alrededor.

Maxi notó el desconcierto que reflejó la cara del pequeño personaje.

—¿Sucedió algo en Karim? ¿Están todos bien?

Temía que aquella visita inesperada trajera aparejada alguna mala noticia.

Pero Gobb no sabía qué contestarle. Por más que se esforzaba, no conseguía recordar por qué estaba allí.

—No sé —respondió—. ¿Estás seguro de que fui yo el que vine y no tú?

Maxi asintió y esbozó una leve sonrisa.

—Tan seguro como que este es mi dormitorio y esta es mi cama —sentenció.

—Caramba —murmuró el enano—. Entonces, tienes razón.

14 —¿Por qué lo enviaron? —insistió Maxi—. Tiene que haber un motivo.

Gobb sacudió la cabeza.

—Solo recuerdo que estaba en el laboratorio y luego aparecí a tu lado. Antes de eso, nada de nada —se lamentó.

—Es muy extraño —dijo el muchacho.

—A lo mejor quería verte —razonó el enano—. O estaban cansados de mí y decidieron mandarme lejos —frunció el ceño—. ¡Ya van a ver cuando vuelva! —alzó la voz.

—Shhhh —Maxi lo hizo callar. Le preocupaba que sus padres se despertaran; tenían el dormitorio pegado al suyo—. No creo que esto sea una penitencia para usted —susurró—. Si lo enviaron, debe ser porque necesitan nuestra ayuda.

«Nuestra ayuda», se repitió a sí mismo. Tenía que llamar a Lara y contarle lo que sucedía.

Tomó el celular y marcó el número, pero enseguida colgó. Era una locura llamarla a esa hora.

—¿Qué es eso? —preguntó Gobb.

—Un teléfono celular —respondió, y al ver que el enano no sabía de qué le hablaba, añadió—: Es para comunicarme con Lara —le extendió el aparato para que lo observara de cerca.

Gobb estaba a punto de tocarlo cuando el móvil se iluminó y empezó a vibrar. Se asustó y retrocedió al instante.

Maxi miró la pantalla y notó que Lara le devolvía la llamada. No había cortado a tiempo.

—Hola —respondió.

—¿Sabes qué hora es? —el tono de voz denotaba una mezcla de enojo y asombro.

—¿Sabes quién está parado junto a mí? —contestó él.

—¿Estás loco? No me importa quién sea; si mi tía me descubre hablando por teléfono a esta hora, me va a...

—Gobb —soltó Maxi, antes de que Lara finalizara la frase.

Lara no atinó a responder nada.

—¿Me escuchaste? Dije que...

—¿Es una broma? —lo interrumpió ella.

—No.

—Tiene que serlo.

—Te repito que no. Está aquí y no sabe por qué ni para qué.

De nuevo silencio.

—Voy para ahí.

—¿A esta hora? Mis padres no... —tuvo la sensación de que ya no lo escuchaba—. ¿Lara? ¿Hola?

Había cortado.

Maxi sabía que era imposible discutir con ella una vez que tomaba una decisión. En menos de media hora estaría allí.

16 —¿Puedo dormir aquí, muchacho? —preguntó Gobb.

El enano se había acostado en la cama de Maxi. Él no se molestó en responderle. Estaba concentrado en hallar la forma de que Gobb volviera a Karim esa misma noche y solo se le ocurría un camino para lograrlo.

Fue hacia el ropero y abrió el cajón de más abajo. Revolvió durante algunos segundos. Cuando encontró lo que estaba buscando, sintió que el corazón se le aceleraba. Era un pequeño disco con una única palabra impresa en la tapa: IMAGINARIUS.

¿Se abriría el portal si lo jugaba de nuevo hasta el final?

Muy pronto lo descubriría.

Cuando Lara llegó a la casa de Maxi, le envió un mensaje de texto para avisarle que estaba frente a la entrada. Apenas unos segundos más tarde, sintió el ruido de la cerradura y la puerta se abrió.

—¡Entra rápido! —susurró él. No quería arriesgarse a que sus padres se despertaran.

—¿Dónde está Gobb? —preguntó ella—. ¿No es una broma, verdad? Porque si es una broma...

—Está arriba, en mi habitación —la interrumpió tras cerrar la puerta.

—¿Y por qué vino?

—No tengo la menor idea —meneó la cabeza—. Lo peor es que Gobb tampoco recuerda nada.

Maxi la guio hacia el dormitorio. Subieron la escalera de madera en puntas de pie. En cuanto entraron al cuarto, escucharon los ronquidos de Gobb.

Lara se le acercó.

—Señor Gobb —le susurró mientras lo sacudía, apenas, por el hombro.

El enano balbuceó unas palabras incomprensibles, sin abrir los ojos.

—¡Señor Gobb! —insistió Lara, y lo movió con más fuerza.

Nada. Ninguna reacción.

—Es inútil —se lamentó Maxi—. Ya lo intenté varias veces mientras te esperaba.

—¿Qué vamos a hacer? —quiso saber ella—. No puede quedarse aquí.

18 —¡Por supuesto que no! Si mis padres lo descubren... No quería ni pensarlo.

Sin decir más, tomó a Lara del brazo y le hizo un gesto para que lo acompañara. Salieron de la habitación y regresaron a la planta baja. Al llegar al *living*, ella notó que la televisión se encontraba encendida. La pantalla mostraba la imagen de un videojuego. Un letrero anunciaba el objetivo a superar en ese nivel: «Destruye al dragón que protege el Castillo Negro y llegarás a la guarida de Maléficus».

Lara se estremeció.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó alarmada—. ¿No pensarás que el juego va a llevarnos de nuevo a Karim?

—Eso espero —respondió Maxi—. Es lo único que se me ocurre para regresar a Gobb a su planeta. Por suerte, la última vez que lo jugué guardé la partida en el nivel anterior; así que solo tengo que derrotar al dragón y luego entrar al castillo.

Se sentó en el sofá y accionó los mandos del *joystick*.
—Pero... —balbuceó Lara.

—No me interrumpas —suplicó Maxi mientras su personaje en el juego esquivaba una enorme bola de fuego—. Tengo que concentrarme en la pelea.

Lara se sentó a su lado y esperó con la mirada fija en la pantalla. Sin embargo, no lograba concentrarse en nada de lo que veía. Su mente no se lo permitía. No dejaba de preguntarse cuál sería el motivo de la visita del enano.

Por un instante se le ocurrió la espeluznante idea de que hubiera regresado Maléficus, pero enseguida se respondió que no. Ella lo había visto morir, así que tenía que ser otra la razón.

Mientras pensaba, no se percató de que Maxi había vencido al dragón y ya se encontraba dentro de un oscuro pasillo en el Castillo Negro.

Apenas unos segundos más tarde, una explosión la sobresaltó.

El estruendo había sido ocasionado por un trueno que pareció estremecer la casa de Maxi.

Todas las luces se apagaron.

Delante de ellos, frente al televisor, una figura conocida flotaba en el aire: el mismo espejo que los había transportado la primera vez a Karim.

Ambos se miraron. Maxi fue el primero en hablar.

—Vamos a buscar a Gobb —dijo. Se levantó del sillón y aguardó a que Lara lo acompañara.

Ella no demoró en seguirlo.

Al llegar al dormitorio comprobaron que el enano continuaba profundamente dormido. Una vez más, fracasaron en el intento de despertarlo.

—Carguémoslo hasta abajo —sugirió Lara.

Maxi asintió. Le parecía una buena idea, así que tomó a Gobb por los hombros mientras que ella lo hizo por los pies. Aunque no pesaba demasiado, no les resultó sencillo salir del dormitorio y bajar la escalera sin hacer ruido.

20

En el instante en que estaban por ingresar al *living*, se escuchó una voz en el piso de arriba:

—¿Estás bien, mi amor?

Era Aurora, la madre de Maxi. Se había despertado con el trueno y había decidido ir a comprobar si su hijo necesitaba algo. Ahora estaba parada frente a la puerta del cuarto del muchacho.

Maxi sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—Sí, Mami —respondió elevando la voz—, bajé a tomar un poco de agua —mintió.

Supuso que la respuesta resultaría efectiva, pero lamentablemente se equivocó.

—No te muevas de donde estás —le ordenó Aurora—; no se ve nada y no quiero que te vayas a caer. Ahora le pido a tu padre que revise los fusibles.

Sin decir más, regresó al dormitorio.

—¡Nos va a descubrir! —susurró Lara, espantada.

—Tenemos que llevar a Gobb hacia el espejo y enviarlo de regreso a Karim —dijo él, con tono decidido.

—No estoy de acuerdo —replicó ella—. Gobb vino hasta aquí por algo. No podemos dejar que se vaya solo. Al menos uno de nosotros debería acompañarlo.

Maxi sabía que Lara tenía razón, pero en minutos, por no decir segundos, su padre se aparecería por allí. Si él decidía irse con Gobb a través del espejo, ¿podría regresar a tiempo, antes de que eso sucediera? Aunque no conocía la respuesta, debía correr el riesgo. Ni siquiera se le pasaba por la mente dejar que fuera Lara quien acompañara al enano.

—Bien —dijo—. Yo voy a ir con Gobb —afirmó—. Pero necesito que te vayas de aquí antes de que baje mi padre.

Lara no se molestó en responderle. Decidida, avanzó hacia el espejo sin soltar los pies del enano. Maxi no tuvo más remedio que seguirla. Tan solo dos metros los separaban de aquella figura con bordes iluminados.

Cuando Lara llegó ante la figura flotante, miró a Maxi a los ojos y le dijo con firmeza:

—No vas a ir tú solo.

Se acercó lo suficiente como para que el espejo la absorbiera y se dejó llevar sin oponer resistencia. En cuestión de segundos, ella y las piernas de Gobb desaparecieron.

El muchacho sabía que si no soltaba de inmediato al enano sería arrastrado tras ellos.

Las palabras que escuchó a continuación lo impulsaron a tomar una decisión:

—¿Dónde estás, Maxi?

Era la voz de su padre, que estaba bajando las escaleras.

No lo dudó ni un instante. No quería separarse de Lara. Sujetó a Gobb tan fuerte como pudo y se dejó llevar.

El espejo realizó el resto del trabajo.

22

La habitación volvió a la normalidad. La luz regresó y en la pantalla del televisor apareció la misma frase que los despidió en el primer viaje hacia Karim:

«JUEGO TERMINADO».